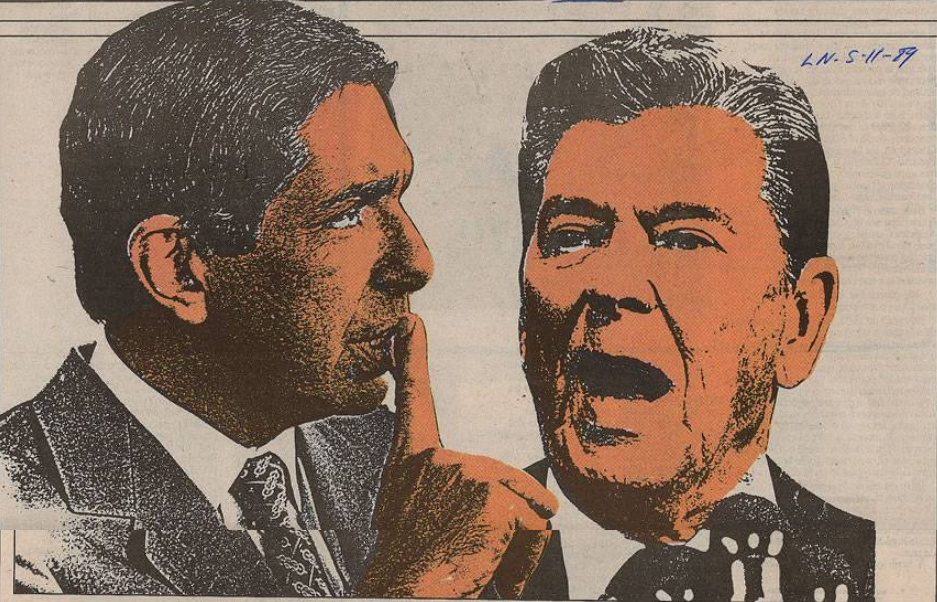


LA NACION
5 de noviembre 1989

Domingo 5 de noviembre de 1989 LA NACION SECCION C

enfoque

SEMANARIO DE ACTUALIDAD



De Washington a Esquipulas

Protagonista y testigo de uno de los episodios más intensos de la diplomacia nacional, Guido Fernández revela por primera vez su versión de: la génesis, desarrollo y aprobación del plan de paz para Centroamérica; y las fisuras, pugnas y contradicciones que surgieron entre los gobiernos de Oscar Arias y Ronald Reagan.

Desde la privilegiada posición de embajador en Washington, el periodista y ex ministro de Gobernación e Información traza el desarrollo de los hechos, aplica su escalpelo a

complejas situaciones y hurga en el genio y figura de varios personajes.

Su versión completa, titulada **El desafío de la paz en Centroamérica**, aparecerá próximamente bajo el sello de la Editorial Costa Rica.

Los textos que aquí se ofrecen, seleccionados junto con el autor, constituyen un interesante documento, en el que Fernández, entre otras cosas, revela que el entonces vicepresidente George Bush estimuló a Oscar Arias para que redactara el plan.

Cómo se gestó el Plan Arias

Viene de la Pág. 1C

A la deriva

A Lane Kirkland, Oscar Arias le dijo lo mismo que al vicepresidente George Bush, quien lo invitó a un cóctel en su casa, una forma de reciprocidad la manera cálida como Arias había recibido en la suya y con su familia: la política norteamericana, sometida a contradicciones, dudas y honda introspección política, estaba a la deriva. Que la administración sólo planteaba una salida armada y no iba a ninguna parte porque en la misma medida que se aplicaba la presión militar, se endurecía, se hacía más radical y más dogmática la actitud de los sandinistas, y más evidente el apoyo militar de la Unión Soviética y de Cuba. Sólo faltaba un factor para desencadenar lo que más tarde se conocería como el plan Arias: que el grupo de Contadora, los cancilleres de México, Panamá, Colombia y Venezuela, que durante tres años quisieron actuar como árbitros, mediadores y pacificadores de la región centroamericana, tirara la toalla.

Bush asentía cuando el presidente Arias le confiaba sus inquietudes y sus ideas sobre América Central. Nunca nos pusimos de acuerdo al evaluar aquella entrevista, sobre si era una reacción meramente cortés o genuinamente interesada. Lo cierto es que al concluir la entrevista le dijo:

Me parece que usted debería poner esas ideas por escrito. En enero de 1987, sólo un mes después de su visita a Washington, las ideas, en efecto, se habían convertido en un plan, y dos semanas más tarde, los presidentes centroamericanos se reunían en San José, convocados por Arias. El grupo Contadora había declarado que en el mismo faltaba "voluntad política" para negociar la paz. Arias desempeñó entonces sus ideas de campaña, las revisó cuidadosamente con su gabinete de cocina, y esbozó el plan que el vicepresidente Bush le había estimulado a presentar como originario de la región y con el objetivo puesto en la democratización. Bush quizás no lo recuerde, pero fue en su residencia, en terrenos del antiguo Observatorio Naval, donde la avenida Massachusetts describe un semicírculo, donde Arias adquirió la certeza de que había llegado la hora de lanzar su iniciativa de paz.

Y Bush lo estimuló para que lo hiciera.

Polémicas en casa

La génesis del plan Arias no estuvo exenta de debates internos dentro de su gobierno. Había un sector de los asesores de Arias, en materia de política exterior, que creía que el problema básico era Nicaragua y que era alrededor de la solución de ese problema que deberían plantearse los demás.

Los primeros borradores del plan carecían, pues, de la sincronización y la armonía que más tarde tuvo el documento en su fase final. Yo veía esta aparente contradicción como el resultado de la confrontación dialéctica del papel que, presuntamente, tienen que cumplir los asesores. El presidente Arias, al principio, no parecía inclinarse por la fórmula de un frente de las cuatro democracias para exigir el abandono del proyecto marxista-leninista de Nicaragua. Elliott Abrams, Philip Habib y sus ayudantes creyeron que aquel primer encuentro de presidentes centroamericanos, el 15 de febrero de 1987, en San José, se celebraría con cuatro invitados a la mesa y no cinco porque Arias estaba tratando de revivir la llamada Comunidad Democrática Centroamericana.

Para Abrams y otros funcionarios de la línea dura del Departamento de Estado y del Consejo Nacional de Seguridad -no creo que más allá, porque al principio ni la Casa Blanca ni la administración en general les dieron importancia a los esfuerzos de Arias-



Reagan había sido convencido de la necesidad de negociar con Jim Wright un acuerdo sobre Nicaragua en condiciones que los sandinistas rechazarán la propuesta. Arias conoció sobre eso.

el plan que se presentaría a Vinicio Cerezo, Napoleón Duarte y José Azcona no tendría mucha diferencia con el proyecto para establecer en América Central una comunidad democrática que creara un foso alrededor de Nicaragua, tanto económico como político y militar.

Ese plan había tenido corta vida dos años atrás, precisamente durante la gestión Monge, y fue sobrepasado regional e internacionalmente por Contadora. Más aún, Abrams y Habib se reunieron, ellos creían que secretamente, en Miami, Florida, con el Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Rodrigo Madrigal Nieto, al finalizar enero de 1987, para tratar de convencer al canciller costarricense de que si hubieran de reunirse los jefes de Estado de las naciones democráticas de América Central era para trazar una línea de acción que facilitara la llamada "política del doberman", acción militar contra los sandinistas para obligarlos a negociar concesiones. Con un campo de maniobra reducido por la oposición de Duarte y Azcona a suscribir el texto que pocos días u horas antes les había presentado el presidente Arias, éste decidió rescatar lo rescatable del proyecto costarricense. La reunión de San José de febrero de 1987 no terminó con una declaración retórica, como en cierto momento fue la intención de los demás presidentes, sino con el compromiso decaístas a una nueva convocatoria a la cual se invitara al presidente Ortega.

La reunión clave

El 4 de agosto de 1987 se inició la reunión de cancilleres en Guatemala, con tres documentos de trabajo básicos: el plan Arias, según la aprobación que los cuatro presidentes le dieron en San José en enero, seis meses antes, como punto de partida o agenda de discusión; un documento de Honduras en donde se establecía un plazo de espera de seis meses para que los demás aspectos del acuerdo se llevaran a cabo, y un resumen hecho por los cancilleres de Contadora, que se habían reunido en Honduras con los centroamericanos, de lo que ellos consideraban era el consenso al que llegaron unos y otros, esto es, tanto los ministros de México, Panamá, Colombia



"Eran las tres de la mañana cuando Arias salió de la reunión, fatigado y nos dijo: 'Hay acuerdo verbal. Firmaremos mañana...'"

y Venezuela, como los ministros de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Durante dos días y dos noches, los ministros de Relaciones Exteriores de las cinco naciones centroamericanas se reunieron con sus delegados en el hotel Camino Real. La magia de esos encuentros era que si había acuerdo, lo consignaban en un borrador de documento, y si había desacuerdo, dejaban el tema para que lo aceptaran o no los presidentes.

El 6 de agosto, la víspera de la reunión de presidentes, el documento de los cancilleres tenía una rara apariencia: en la columna de la izquierda aparecía la propuesta de Arias, la del centro era para los acuerdos, pero estaba en blanco, y en la de la derecha los desacuerdos, esa si escrita de arriba a abajo. Aquel vacío ominoso de la columna del centro -se me ocurría- era como un sombrío vaticinio de lo que podría pasar al día siguiente, cuando los

presidentes se reunieran.

Me fui a acostar con la sensación de que habíamos pedaleado mucho en una bicicleta estacionaria. O estaríamos sin saberlo en la meta, pero el trofeo lo obtendrían los presidentes. Tres meses después, cuando viajábamos en automóvil hacia Estocolmo, desde la residencia de campo del primer ministro sueco, con quien habíamos pasado una velada junto con el presidente Arias, Rodrigo Madrigal Nieto me dijo que para él el trabajo de los cancilleres no sólo no había sido ocioso sino que, gracias a él, los presidentes pudieron lograr un acuerdo. Sin embargo, cuando los presidentes se reunieron al día siguiente, en un ambiente de expectación, nuestros augurios no podían ser más deprimentes. Yo sólo conservaba la pequeña esperanza de haber visto al presidente Arias negociar en condiciones de extrema adversidad, y sacar recursos de su debilidad para vencer al final.

A puerta cerrada, y químicamente puros, los presidentes decidieron vérselas cara y cara. Arias se opuso a los recesos y recomendó llamar al servicio de cuartos para traer emparedados. Hubo reminiscencias, cargos, muestras de desconfianza y acusaciones mutuas.

Napoleón Duarte le dijo a Ortega que tenía pruebas de que la guerrilla salvadoreña se entrenaba en Nicaragua y que los dirigentes del Farabundo Martí incluso vivían a pocas cuadras de la Casa Presidencial en Managua. Ortega dijo que tenía pruebas de que Napoleón Duarte sabía de los vuelos de reabastecimiento de la contra desde Ilopango.

Azcona no negó que la resistencia nicaragüense operaba desde territorio hondureño, pero dijo que mientras no hubiera firmeza en los compromisos de democratización nicaragüense no había esperanza de que esa situación cambiara. Cerezo y Arias eran más bien los espectadores de esta fiera batalla de palabras, gestos y exigencias.

Fue Ortega, finalmente, el que sorprendió a todos con la aceptación de un plan basado en el de Arias, pero con las modificaciones sobre simultaneidad que eran una mezcla entre las sugeridas por El Salvador y las que contenía el plan de Mr. Wright, esto es, adaptadas a las circunstancias.

Eran las tres de la mañana cuando Arias

Pasa a la Pág. 4C

Cinco primeros actores

Muchos fueron los personajes con influencia directa en el plan de paz, o que condujeron las principales reacciones ante él. De la extensa galería presenta el libro de Guido Fernández, cinco ocupan primeros lugares.



ABRAMS: LA DUREZA

Preparado en el ambiente agudamente competitivo de Harvard, Abrams había madurado antes de que su rostro comenzara a tener algún surco. La nariz aguileña y un mechón sobre la frente ocultaban una calvicie prematura. Sonreía de la mitad de los labios hacia la derecha, como si estuviera fumando pipa. Era educado, directo, ácido, poco dado a adornar sus pensamientos con imágenes o parábolas. De vez en cuando, se hacía una concesión a sí mismo y desviaba la mirada de su interlocutor hacia otra persona, en busca de aprobación o complicidad. Su discurso era como un alambre de púas, pero como ocurre con los ideólogos de nacimiento, flotaba en el trapezio de sólo dos o tres conceptos, no en ideas. Le dije a un periodista quien quería saber mi opinión sobre Elliot Abrams: "Los sandinistas tienen en él el enemigo que merecen. Nacieron los unos para el otro".



JIM WRIGHT: EL ASTUTO

Jim Wright, el speaker o presidente del Congreso de Estados Unidos, era un diputado lejano con una bien ganada reputación de astucia política y acidez verbal, que había llegado a ocupar la posición electiva más sobresaliente de los Estados Unidos, después de la de Jefe de Estado, porque sabía jugar en el momento oportuno y con las reglas de los contrarios. Wright sustituía al legendario e interminable "Tip" O'Neal, demócrata como él, después de una ferocísima batalla interna dentro de su propio partido, en donde

Wright tenía amigos, pero también muchos enemigos por ser un político conservador en materias fiscales, pero con antecedentes liberales en cuanto a derechos humanos y relaciones internacionales.

Lo conocí cuando el presidente Arias, en diciembre de 1986, asistió a un almuerzo en el Capitolio organizado por el senador Terry Sanford, de Carolina del Norte. Más tarde, cuando el presidente Reagan pronunció su discurso sobre el estado de la Unión, Robert Byrd, como líder de la mayoría en el Senado, y Wright, como líder de la Cámara de Representantes, hicieron la réplica en televisión, y ahí puede calibrarlo mejor, porque en tanto Byrd tenía dificultades para razonar y para sonreír, Wright mostraba aplomo, afabilidad y un juicio más certero para atacar a sus oponentes.

La ventaja de Mr. Wright era que con la misma rapidez como se enardecía su temperamento se suavizaba de nuevo.



REAGAN: EL ABUELO

Reagan no tenía un timbre de voz resuelto ni robusto, pero el vibrato característico de sus avanzados setentas le permitía proyectar esa imagen de abuelo socarrón que se trasladaba en la televisión. Nunca se distinguía por sus notables recursos histriónicos, pero en mi niñez, cuando yo era aficionado al cine, recuerdo que sus películas de vaqueros me gustaban por su sencillez y su ausencia de pretensiones. Para mí, carecía del aura de John Wayne, o la mística de Gary Cooper. Se encontraba como actor en algún lugar equidistante entre estos y la categoría de un Gene Autry o un Roy Rogers. Pero como tampoco era un Ricardo III el personaje que perseguía a los indios pieles rojas en las estepas del Oeste, no se necesitaba un

Lawrence Olivier para hacer aquellos papeles de galán de matiné con los que la hagiografía cinematográfica lo había olvidado del todo de no ser por su paso de ocho años por la Casa Blanca.

Aquella mañana, sin embargo, me impresionaron la sensación de cordialidad y el interés que ponía en mostrarse interesado. Yo me imaginé que unas horas antes algún ayudante del Consejo Nacional de Seguridad, especialista en América Latina, le habría deslizado unas cuantas tarjetas y le habría dado un "briefing" sobre Arias y Costa Rica de no más de diez minutos. Con todo, el Presidente de los Estados Unidos no nos hizo sentirnos como sobrinos pobres de visita en casa de tío rico sino, por el contrario, en un ambiente de distensión e informalidad que si no era auténtico tampoco era groseramente adulterado. Creo que en gran medida el estilo de la pronomenciación de la Casa

Blanca, durante la era reganiana, ayudaba a crear esa sensación de que aquel no era el trono de Luis IV, pero tampoco la cabaña del Tío Tom. Probablemente era una rutina para todos los visitantes, pero Reagan parecía en realidad emocionado cuando mostraba las fotos de los nietos o explicaba el origen de las maderas de un escritorio, al cual hubo que agregarles dos pulgadas de alto para que le cupieran las piernas. En la elección de los temas de conversación, sin embargo, hacía sentir al visitante de que aquella era una situación normal y sin presiones. Se detenía por ejemplo en las sillas de gabinete para observar cuantas placas había en la espalda de la que correspondía al secretario de Estado George Shultz - cuatro, por haber servido cuatro veces en sendos cargos de gabinete - Todo, en fin, era útil para calmar ansiedades, si las había, y crear anécdotas para el futuro.



CASEY: EL INGRAVIDO

Otro de los personajes que habían desfilado por Costa Rica en busca de un cambio de actitud del presidente Arias era el mismo William Casey, el director de la agencia de espionaje (CIA). Cuando se habían intensificado las operaciones del frente sur y se quería sacar del cuadro a Eden Pastora, el famoso comandante 0, la pista de Santa Elena y la cooperación de Costa Rica para la libre movilización de los contras a través del río fronterizo con Nicaragua, el San Juan, se hicieron, en efecto, imprescindibles.

Cuando todos los argumentos y todas las presiones habían fallado, el Gobierno norteamericano decidió enviar a su máximo emisario, a su as de oros, nada menos que a William Casey. El huésped, alto, ingrávido Casey llegó un día a San José, en plena estación lluviosa, en la escala final de una gira en la que se había entrevistado con los presidentes Vinicio Cerezo, José Napoleón Duarte y José Azcona del Hoyo.

El avión en que viajaban se estacionó discretamente en el aeropuerto Juan Santamaría y Casey pidió audiencia con Arias. Este no quería recibirlo, primero porque, según él, ningún trato tenía Arias con la CIA, y segundo porque, razonaba el Presidente, si lo tuviera todos los costarricenses deberían saberlo. Esa condición - la publicidad de la entrevista - disuadió a Casey de pedir que fuera recibido en su lugar, se entrevistaron con el Ministro de la Presidencia Rodrigo Arias, y el Ministro de Relaciones Exteriores, Rodrigo Madrigal Nieto.

De nuevo, la misión fracasó. Casey se fue con las cajas destempladas porque

Arias y Madrigal le dijeron lo mismo que le habría dicho el Presidente: que el Gobierno de Costa Rica no estaba de acuerdo en cooperar con el Gobierno de los Estados Unidos, o con la red secreta de apoyo al frente sur de los contras que nosotros sabíamos se dirigía desde algún lugar secreto de Washington y, en todo caso, por medio de la Embajada de los Estados Unidos, en San José.

Cuando el presidente Arias llegó a Washington, nuestra embajada sabía que aquella entrevista privada que aparecía en la agenda propuesta por el Departamento de Estado era una solicitud de Casey para verlo a solas. Primero se le inmutó a Arias que fuera Langley, Virginia, a lo cual, por supuesto, se opuso. Luego le propusieron que la cita fuera en el Old Executive Building, en donde según los anfitriones pasaría inadvertida, porque el barroco edificio al lado de la Casa Blanca no era nunca estación en el peregrinaje oficial de Washington.

Arias también rehusó. Finalmente Arias dijo que estaría de acuerdo siempre que Casey accediera a venir a la suite del hotel Westin.

Lo que menos esperaba el director de la CIA es que la entrevista tuviera los caracteres que le hicieron diferente. En vez de dos personas nada más, el presidente Arias y uno de sus asesores, como había querido el Departamento de Estado, Arias decidió que toda la delegación estuviera presente. Hubo que traer sillas de otros cuartos porque no eran suficientes las de la habitación. Con un público tan numeroso, la conversación tuvo más características de acto social más que de Estado. En realidad, Casey solo le comunicó al presidente Arias que un desertor del gobierno sandi-

nista le había contado de la forma como jóvenes comunistas costarricenses se entrenaban en Managua en guerra de guerrillas para regresar a Costa Rica y entregarse a actividades subversivas con la intención de desestabilizar y, si podían, derrocar al Gobierno.

Nada nuevo, dijimos para nuestros adentros. La información ya la habían publicado los diarios costarricenses. Entre la sordera de Casey y la voz muy tenue de Arias se estableció, sin duda, una sólida barrera para la comunicación. Cada vez que Arias decía algo, como estaba sentado en un mueble solo al lado de Casey, obligaba a éste a inclinarse lateralmente para oírlo mejor. Cada vez que Casey decía algo, lo hacía con un susurro tan frágil, y sobre todo tan inconsistente con aquella torre humana, que todos hacíamos pantalla con la palma de la mano en la oreja para no perdernos palabra.

Después de intercambiar opiniones sobre el estado del tiempo y la posibilidad de una precoz nevada en el Distrito Columbia, Casey y Arias se dieron la mano y se despidieron. Esa sería, para mí, la primera y única oportunidad de ver a Casey.

Pocos días después, cuando la prensa comenzaba a calar en el Irán-Contra affair, el director de la CIA caería gravemente enfermo y después de una operación en el cerebro, donde se le descubrió un tumor, falleció. Bob Woodward asegura que Casey estaba enterado de toda la operación secreta de reabastecimiento a los contras, financiada con la venta de armas a Irán, y hay algunos santotomases que no lo creen porque no pudieron tocar las llagas con sus dedos.

Yo estoy seguro no solo de que Casey sabía, sino de que participó en ella.



JOHN BIEHL: LA CAIDA

Cuando fui a Washington en febrero de 1987, yo llevé al consejero más cercano del presidente Arias y su amigo personal, casi hermano, a conocer y hablar con algunos funcionarios públicos y congresistas de todos los partidos. Tenía interés de que John se formara una idea de todo el abanico de conceptos, ideologías y posiciones de un régimen como el norteamericano, en donde la interacción de grupos de presión disímiles, múltiples y variados, es lo que al fin de cuentas conforma la expresión del gobierno. Tanto fuimos a los foros liberales como a los de la extrema derecha. John no fue a hacer cabildo a favor de Arias ni en contra de Reagan. Solo quería enterarse y escuchar, a veces discutir.

Más tarde, cuando Arias regresó a Washington en

junio, después de asistir a una reunión sobre cuestiones económicas en Indianapolis, trajo a John consigo y lo llevó a las reuniones en la Casa Blanca, el Congreso y la prensa. Tampoco en esta ocasión John tuvo participación alguna, activa o pasiva, en debate, diálogos o esfuerzos por hacer propaganda o persuadir a alguien. Se limitaba a observar, estudiar, tomar nota mental de cuanto se decía en su presencia. Tan poco definida era su silueta en esos encuentros que a la salida de la oficina del Vicepresidente de los Estados Unidos, en las gradas del Old Executive Building, frente al costado oeste de la Casa Blanca, Bush le preguntó a John cuál era su nombre. Unos días después el senador republicano Robert Kasten, presidente de la subcomisión de operaciones externas del comité de apropiaciones del Senado, dirigió una carta a William Draper, presidente del Fondo de Naciones

Unidas para el Desarrollo (UNDP), con el cual trabajaba John, para quejarse de que era contra los reglamentos de las Naciones Unidas que una persona se desempeñara en una posición en la que atacaba la política exterior de Estados Unidos. Kasten demandaba la inmediata destitución de John Biehl, y le recordaba a Draper que para él sería muy difícil seguir apoyando la consecución de fondos de UNDP en el Senado si se mantenía esa irregularidad. Por supuesto, William Draper llamó desde Europa para pedir la renuncia de John Biehl. Después vine a saber que el autor de la patraña contra John fue un ayudante del senador Kasten, con el nombre de James Bond, pero sin parentesco con el célebre personaje de Ian Fleming, el agente 007. Bond había sido el autor del borrador de la carta. Bond tenía grandes amigos en el Consejo de Seguridad en la Casa Blanca.



* Elliot Abrams, Philip Habib, y sus ayudantes, creyeron que aquel primer encuentro de presidentes centroamericanos, en San José, se celebraría con cuatro invitados a la mesa y no cinco, porque Arias estaba tratando de revivir la llamada Comunidad Democrática Centroamericana.



Génesis del libro

GUIDO FERNANDEZ

El libro, del que forman parte estos textos, comenzó a escribirse, realmente, desde el 8 de mayo de 1986. Tenía entonces la idea de escribir, al final de la administración, sobre los episodios de mi paso por la función pública al lado del Presidente. Después de Esquipulas II, en agosto de 1987, me llamó a Washington D.C. Martín Cross, un agente literario de Nueva York que había publicado la biografía de José Napoleón Duarte. Me preguntó si, por mi medio, se podría informar al presidente Arias que Doubleday, una de las cinco editoriales más grandes del mundo, podría publicar su biografía. Como el Presidente declinó la oferta, pensé que yo podría escribir, no su biografía sino la trayectoria del plan de paz. Puse en orden la memoria escrita de mis papeles. De ahí en adelante mis anotaciones perdieron el carácter de jeroglíficos y la libreta de apuntes pasó a tener la fisonomía de un diario manuscrito. El otorgamiento del premio Nobel al presidente Arias hizo pensar a Martín Cross que de todos modos mi libro tendría buena acogida y me llevó a ver a Nancy Evans, la nueva presidenta de Doubleday. Nancy, una atractiva rubia con una sonrisa transparente, no se mostró interesada, pero decidió mantener vigente la oferta al presidente Arias para cuando él decidiera emprender la obra. Cross había leído la traducción que Nilda McHugh hizo de algunos de los temas de mi libro y me estimuló para que siguiera adelante. Cenando una noche con Carlos Fuentes en el Jockey Club de Washington se mostró entusiasmado con mi proyecto. Para entonces ya tenía el borrador de varios capítulos y le di unas treinta páginas. Carlos me dijo: "Los novelistas tenemos que rehacer la historia latinoamericana porque carecemos de testimonios directos. Este es uno de ellos". Carlos incluso me dio la dirección de su agencia literaria, Carmen Barceló, para que le escribiera. El también prometió hacerlo. Antes de venirme para Costa Rica, en marzo de 1988, tres cuartas partes del libro estaban concluidas. El texto reposó luego durante más de un año mientras era Ministro de Información. El 16 de junio de 1989, un día después de mi retiro del gobierno, frente al jardín de donde juegan las ardillas entre almendros, tibatós y limoneros, encendí la IBM-250, y me dediqué a escribir los capítulos finales. Algo de esto se dijo en la prensa y Habib Succar, el gerente de la Editorial Costa Rica, me llamó para decirme que querían leer la obra. El 10 de setiembre le di el comando a la impresora para sacarle copia.

Viene de la Pág. 2C

salí de la reunión, fatigado, y nos dijo: "Hay acuerdo verbal. Firmaremos mañana. Queden ustedes redactando el documento".

Yo llamé a Ricardo Peña, ayudante del diputado Jim Wright, que ya se encontraba en Guatemala, y quien nos había reiterado que el plan Reagan-Wright era modificable, adaptable y superable. Me dio el teléfono de la casa del speaker. A las cuatro de la mañana, hora de Washington, lo llamé.

—Creo que usted tiene derecho a saberlo el primero. Hay acuerdo verbal. Mañana se firma el documento.

Cuando a las seis de la mañana estaba redactada la declaración, Carlos López, el canciller hondureño, dejó caer una granada de mano en la reunión. Azcona, dijo, no está de acuerdo en firmar y quiere que se redacte todo de nuevo. Los cancilleres y sus asesores estaban como zombies y se negaron a trabajar más.

Todos quedaron de acuerdo en que ese obstáculo final lo dejarían a los presidentes para que lo abordaran después del desayuno. Cuando el presidente Arias salió de esa última reunión final, en la mañana del sábado 7 de agosto, nos dijo que Azcona había resuelto retirar sus objeciones, y que Napoleón Duarte había estrechado tres veces la mano de Ortega, le había visto cara a cara y le había pedido algo así como su palabra de honor o un pelo del bigote.

Por que Azcona dijo primero que si y luego instruyó a su canciller para que pidiera una revisión es una pregunta que no se puede contestar sin saber qué pasó desde el momento en que los presidentes terminaron su reunión a media noche del 6 de agosto y los cancilleres la redacción del acuerdo en la madrugada del 7. También quedó abierta a presunciones la razón por la que, durante el desayuno con los jefes de Estado, Azcona volvió a cambiar de criterio y decidió firmar el documento.

Estuvieron activos los hilos telefónicos entre el Camino Real y el Departamento de Estado esa noche? Había una curiosa simetría entre el arrepentimiento de la administración Reagan con el plan convenido con Mr. Wright, y las vacilaciones de Azcona. Pero algún papel pudo haber jugado también mi llamada a la casa del Speaker en Virginia. Mr. Wright se levantó presuroso y convocó a una



El Presidente de Honduras, José Azcona Hoyos, pidió a su Canciller, Carlos López, que dijera, a pesar de que ya estaba redactada la declaración, que no firmaría. El mandatario guatemalteco, Vinicio Cerezo, fue el árbitro que sufrió esa pesadilla.

conferencia de prensa para anunciar que había acuerdo entre los presidentes centroamericanos y que a medio día suscribirían un documento en Guatemala.

Todavía estaban reunidos éstos para discutir el inesperado golpe de timón de Azcona cuando en los pasillos del Camino Real los periodistas exigían una confirmación, o un desmentido, de la información que venía de Washington.

El plan Reagan-Wright no había sido discutido siquiera, pero para El Salvador y Honduras el que hubiera removido la condicionalidad de que primero era necesaria la democratización de Nicaragua para ceder en cuanto a lo demás, era una señal muy fuerte desde Washington como para insistir en una posición que ya Reagan mismo parecía haber debilitado. La posición de última hora del Departamento de Estado, sin embargo, podía haber influido en la actitud de Azcona de presentar resistencia a Esquipulas II.

Esa mañana la Casa Blanca no pudo reaccionar ante la sorpresa de que Esquipulas II había concluido con un acuerdo con la

firma de los cinco presidentes. La publicación del memorándum redactado por el Departamento de Estado, en el que se aclaraba el significado que para la Administración tenía el acuerdo Reagan-Wright y de paso se le hacían algunas enmiendas —que Mr. Wright, por supuesto, repudiaba—, puso de relieve, de inmediato, que el pescador se había enredado en su propio anzuelo. Reagan había sido convencido por su jefe de gabinete, Howard Baker, de la necesidad de negociar con Jim Wright un acuerdo sobre Nicaragua, pero en condiciones que los sandinistas tuvieran que rechazar, con lo cual se aseguraba en el Congreso la aprobación de la ayuda militar a la contra. En el proceso, sin embargo, Wright adaptó el plan a su manera y mostró flexibilidad para que los presidentes centroamericanos lo modificaran.

Es por eso que cuando analizamos en fin de cuentas la contribución que aquella jugada magistral del speaker tuvo en la firma de un acuerdo, el consenso entre el presidente Arias y yo fue que el llamado plan Reagan-Wright no alertó la ecuación ni la hizo más compleja sino que, al recoger las ideas básicas del plan Arias que antes objetaba, la Administración de Estados Unidos facilitó, sin proponérselo realmente, la negociación entre los presidentes centroamericanos y, por lo tanto, la búsqueda de un acuerdo.

Tardamente, el departamento de Estado dio a conocer su interpretación de las cláusulas de aquel pacto, de un modo tal que lo desautorizaba en casi todas sus partes esenciales. El texto original anunciado en la Casa Blanca, sin embargo, estaba ya rubricado por el presidente Reagan, por el presidente del Congreso y por los líderes de ambos partidos. Los presidentes centroamericanos lo conocían y si bien no lo discutieron formalmente, el cambio que ponía de relieve ese plan formó parte del marco de referencia que hizo posible Esquipulas II.

De nuevo, la Casa Blanca bullerco. Elliot Abrams empujó baterías, y la conspiración contra la paz se orientó hacia el 7 de noviembre, la nueva fecha escogida por los presidentes centroamericanos para cumplir sus compromisos. Sin embargo, Esquipulas II tenía un efecto ensordecido: la solicitud de más ayuda militar para los "contras" se varaba de nuevo en el Congreso norteamericano.